

# 20

**La universidad y la  
dimensión política de la  
integración del continente  
americano**  
**Dr. Óscar Arias**

**UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA A. C.**

Lic. Carlos Vigil Ávalos

*Rector*

Mtro. Maximino Verduzco

*Director General de Servicios Educativo-Universitarios*

Mtro. Xavier Cacho V.

*Director del Centro de Integración Universitaria*

Arq. Gerardo Anaya D.

*Responsable de la edición*

**CENTRO DE INTEGRACIÓN UNIVERSITARIA**

1a. edición: junio 1993.

Tiro: 1000 ejemplares

Derechos reservados

© Copyright

Universidad Iberoamericana 1991

Prolongación Paseo de la Reforma No. 880 01210 México, D. F.

Diseño de colección: Álvaro Yáñez

Formato: Cecilia Cano Rodríguez

Tipografía: Ernestina López Tiol

**Dr. Oscar Arias**

**Premio Nobel de la Paz**  
**Expresidente de Costa Rica**

LA UNIVERSIDAD Y LA DIMENSIÓN POLÍTICA DE LA INTEGRACIÓN DEL  
CONTINENTE AMERICANO

Nuevos papeles de la educación superior frente a la integración política, científica y tecnológica del continente Americano.

Discurso pronunciado en la celebración del décimo aniversario de la Organización Universitaria Interamericana (OUI), el 19 de noviembre de 1991, en Santo Domingo, República Dominicana.

## PRESENTACIÓN

El Dr. Oscar Arias no necesita presentación en cuanto a su relevante vida política, que incluye la presidencia de Costa Rica, y cuyos méritos le merecieron al doctor el premio Nóbel de la Paz. Pero quizá lo conocemos menos como ideólogo universitario, que sabe que las realidades económicas y políticas, que en nuestro continente son no poco trágicas, necesitan la aportación de las Universidades.

Invitado a la reunión que conmemoró el 10o. Aniversario de la Organización Universitaria Interamericana, el Dr. Arias, ante la realidad tecnicista y economicista que se está constituyendo en demandante principal de los servicios universitarios en nuestra América Latina, nos habla en su conferencia de la importancia de que el primero de los servicios que prestan las universidades sea ofrecer un verdadero humanismo.

Es gratificante encontrar que una profunda convicción de la Universidad Iberoamericana respecto a la formación humanista sea también asumida por el Dr. Arias. Ella puede expresarse en tres aspectos:

- a) La necesidad de un auténtico humanismo para el futuro de nuestro continente (y del mundo).
- b) Que ese humanismo sea heredero de la gran tradición occidental, es decir de raíces cristianas.
- c) Que toque sobre todo a la universidad ser la institución de la sociedad que estudie, profundice y ofrezca a nuestros pueblos ese humanismo.

América Latina parece tener, en mi opinión, una tarea muy importante en el futuro del mundo. Es heredera de la rama más humanista de la cultura occidental y aún no recibe el impacto más destructor del hipersecularismo que ha devastado Europa. El lenguaje de nuestros pensadores desde Sarmiento y Rodó hasta Paz o Zea, así lo demuestra. El Dr. Arias está claramente en esa misma línea. En su ponencia rescata las líneas fuertes de la riqueza de nuestra cultura, las pone en diálogo con nuestras realidades sociopolíticas y lúcidamente señala la tarea que obliga a las Universidades, tanto con los valores del humanismo, como con la realidad en que estamos inmersos.

Nuestra Universidad reconoce que los valores subyacentes al pensamiento del Dr. Arias coinciden fuertemente con los valores que brotan del Evangelio y que ella declara como su inspiración fundamental. Por ello hemos querido incluir esta ponencia en nuestros Cuadernos de Reflexión Universitaria para que nos ayude a reflexionar y mejorar la tarea universitaria. y el servicio a nuestra Patria.

P. Gerardo Anaya Duarte, S. J.

27 de abril de 1993.

## LAS UNIVERSIDADES Y LA MENTALIDAD ARMAMENTISTA

Me siento muy honrado de compartir con este grupo de distinguidos líderes académicos del continente americano la celebración del décimo aniversario de la Organización Universitaria Interamericana. Satisface, en verdad, saber que en estos diez años ha colmado las expectativas de sus fundadores. Encomio el acierto que significa que los gobiernos de Québec y Canadá proporcionen, mediante la OUI, estímulo moral y material a la integración académica de las Américas.

Quiero referirme al papel que les corresponde a las universidades americanas en el proceso de integración política y económica de nuestro continente. Este tema constituye una de mis preocupaciones más profundas y pienso que es crucial para este hemisferio.

Nosotros nos reunimos aquí movidos por la convicción de que nuestros pueblos levantan su voz por la búsqueda de la paz mediante la integración. Mientras tanto, en otras regiones del mundo se multiplican las amenazas de desestabilización interna y de confrontación internacional, provocadas por el desmembramiento de los Estados multinacionales y el recrudecimiento del nacionalismo.

Para quienes hemos dedicado a la causa de la paz mucho tiempo y grandes esfuerzos, ese contraste es motivo de inquietud. Pero se nos presenta, también, como ocasión para señalar la inutilidad de los esfuerzos de integración política realizados contra la voluntad de los pueblos. Están condenados al fracaso todos los proyectos de integración política o económica movidos por propósitos -ocultos o declarados- de dominación o de ruptura de la diversidad cultural. Como lo demuestran algunos ominosos acontecimientos contemporáneos en Europa y Asia Central, esos intentos representan un peligro para la paz mundial.

De aquellos acontecimientos se deriva una advertencia que los americanos no debemos ignorar: en el empeño de integrar armoniosamente las economías y los sistemas políticos de nuestro continente no hay lugar para, la imposición. El único camino que conduce hacia esa meta es el del mutuo convencimiento y del respeto a nuestra diversidad. Por eso es tan importante, que todos los sectores de nuestras sociedades definan el papel que a cada cual le corresponderá desempeñar en la próxima etapa de la convivencia continental. Pero es imperativo que, como lo hacen en este cónclave los dirigentes de la enseñanza superior de las Américas, esa definición se fundamente en un acto reflexivo y sea fiel interpretación de los sentimientos y los intereses de nuestros pueblos.

He sido profesor universitario y, en esa condición, con frecuencia me ha correspondido discutir en torno a los problemas fundamentales de la enseñanza superior de mi país y del resto de América Latina. En esta oportunidad quiero ofrecer algunas opiniones derivadas, no de la vivencia, académica, sino de la praxis política. Deseo exponer ahora las ideas del político que ejerció recientemente la Presidencia de la República en uno de nuestros países y el criterio del simple ciudadano que se preocupa por el buen funcionamiento de nuestras instituciones. En ese carácter puedo traer a este autorizado foro las inquietudes de sectores no académicos que confían en el futuro de la universidad, que desean fortalecerla y que sienten la obligación de adoptar posiciones de crítica constructiva en tomo a la misión social y política de la enseñanza superior.

Están representadas aquí instituciones universitarias públicas y privadas de Latinoamérica y de los Estados Unidos y Canadá. Gracias a los principios y a los objetivos de la OUI, en su seno estas

categorías no son relevantes, pero seríamos ilusos si no las tomáramos en cuenta a la hora de elaborar propuestas de acción que, necesariamente, tienen importantes connotaciones políticas. Comienzo, pues, por destacar que entre la universidad latinoamericana y la de aquellos dos países del norte existen diferencias que es preciso examinar. Este análisis es pertinente para aclarar las áreas de coincidencia que servirán de base a la integración universitaria. Sabemos, por supuesto, que las universidades no pueden, aisladamente, superar los obstáculos que otras realidades, distintas de la académica, colocan en el camino de la integración política y económica de nuestras sociedades. Es cierto que existe una larga tradición de cooperación académica internacional, cuyas contribuciones al desarrollo de los pueblos de las Américas y a las causas de la paz y la democracia son considerables. Con todo, la perspectiva estrictamente universitaria no es suficiente para aprehender en su totalidad los problemas a que se enfrentan nuestros países.

Para hablar del papel de la universidad dentro del contexto de una futura integración continental, conviene hacer una recapitulación del papel político de las universidades en el período histórico reciente.

Haré, primero, una observación sobre las universidades de los países desarrollados de América del Norte, en especial las de los Estados Unidos. Como se trata de un sistema integrado por miles de instituciones, es difícil hacer generalizaciones con respecto a las universidades norteamericanas. Sin embargo, creo poder señalar un rasgo lo suficientemente extendido como para que merezca algunos comentarios. Me refiero al estímulo de una mentalidad proclive al armamentismo.

La paz es un requisito de la integración política. Hemos venido afirmando que no puede haber paz permanente sin la previa solución de los problemas que frenan el desarrollo humano. Uno de los más graves entre ellos es la carrera armamentista. Mientras las naciones ricas y las pobres dediquen a la fabricación y a la compra de armas los cuantiosos recursos que hasta ahora han dedicado a esos fines, en todas las regiones será imposible alcanzar un grado de desarrollo capaz de asegurar la paz y la estabilidad. Hoy, más que nunca, el armamentismo no tiene justificación. Acabar con él es un proyecto político que requiere la participación de todos los sectores de las sociedades contemporáneas. Es especialmente útil la labor que desarrollen los más informados y más capaces de influir en la opinión pública, entre los cuales el sector académico tiene una posición señera. Todos debemos contribuir a erradicar de nuestras sociedades la mentalidad militarista y mercantilista promueve el armamentismo.

La universidad moderna debe preocuparse por desterrar de todas las culturas la inhumana asociación de las armas con el patriotismo. Ésa es una enfermiza vinculación de la violencia con el orden patriótico, que debemos combatir sin descanso. En nuestro tiempo es cada vez más clara una nueva noción de patriotismo, una noción despojada de todo lo aldeano que la idea de patria tuvo en la época de las confrontaciones militares. Tenemos que hablar ahora de patriotismo de la especie humana, de un patriotismo relativo al planeta Tierra. Debemos introducir en el diccionario una nueva acepción del patriotismo, que se pueda expresar como “el celo y la generosidad bienestar de los demás seres humanos”.

El árbol que se corta en la Amazonia,

El pozo petrolero que arde en Kuwait,

El tanque de desechos contaminados con mercurio que se vierte en el Mar de Japón,

El escape radioactivo que acontece en Ucrania,

El cargamento de cocaína que se embarca en Colombia,

Los dardos de plomo que se clavan en el pecho de un estudiante en una plaza de Beijing,

El niño que muere de hambre cada minuto en Etiopía,

La mujer que se prostituye por causa de la miseria en Nueva York.

El dirigente sindical que fue torturado y luego asesinado ayer Guatemala...

La universidad moderna debe enseñar a los seres humanos que todo eso ocurre en nuestra proximidad, porque el mundo se ha tomado tan pequeño que, ahora, nuestra patria es el mundo y, donde quiera que ocurra, todo eso nos concierne. La universidad moderna debe llevar a las mentes de los seres humanos una nueva noción de patriotismo, totalmente alejada de los estrechos nacionalismos que ayer sirvieron de sostén a las más siniestras experiencias totalitarias y hoy amenazan con llevar el mundo al caos de la desintegración. La universidad moderna debe contribuir a que el nacionalismo sea sustituido por el humanismo, y para ello se requiere que de la academia surjan a raudales los ejemplos del humanismo.

La lucha contra el militarismo y la negativa a colaborar con el armamentismo han de ser uno de esos ejemplos.

Sin embargo, las universidades de los países desarrollados no han puesto en esta cuestión el énfasis necesario. Antes bien, en esos países la universidad ha sido formadora, consciente o inconsciente, de las mentalidades que ven en la producción de armas y en la investigación relacionada con fines militares un factor de desarrollo de la colectividad y una oportunidad de éxito profesional de los individuos.

Aquí cabe preguntarse: ¿Qué proporción de los recursos que las universidades de los países desarrollados dedican a la investigación científica y tecnológica proporciona la institución militar? y ¿qué porcentaje de los científicos y de los ingenieros graduados por esas universidades centran sus aspiraciones laborales en la industria militar?

Las respuestas a estas interrogaciones son importantes porque podrían ser indicadoras de la mayor o menor capacidad del sector académico para contribuir a crear un ambiente político de paz y, por lo tanto, apto para la integración. Del mismo modo, tenemos la obligación de indagar hasta dónde la investigación de las ciencias sociales, en las universidades de las naciones desarrolladas, se ha orientado a facilitar las acciones de dominación económica y cultural sobre los países menos desarrollados. A partir de ahora, quienes tienen la responsabilidad de dirigir las instituciones de enseñanza superior deben plantearse estas preguntas. Con base en sus propias respuestas, han de contribuir en la forja del futuro de América mediante los esfuerzos que sean necesarios para reformar las instituciones académicas y convertirlas en auténticas promotoras de la paz y el desarrollo humano.

La universidad latinoamericana no ha sido llamada a colaborar con el desarrollo de la industria bélica o a depender de él. Sin embargo, se le enrostra el no haber contribuido suficientemente al desarrollo de nuestros pueblos. Conviene aclarar que entendemos esa contribución de la universidad latinoamericana como su aporte al único desarrollo deseable de nuestros pueblos: el que resultará de las transformaciones políticas, sociales y económicas idóneas para la realización plena del ser humano

y no sólo para alcanzar metas materiales. Los sistemas educativos de América Latina deben proponerse, como una de sus más importantes metas, el logro del mayor grado posible de desarrollo humano para nuestros pueblos. Frente a este principio no deben existir diferencias entre las misiones que se hayan impuesto las universidades públicas y las privadas que, en promisoría unidad de propósitos, conviven en el seno de la OUI.

En amplios sectores de nuestras naciones, existe la impresión de que los logros de la universidad han sido siempre inferiores a las expectativas que en ella ha puesto la sociedad. En el interior mismo de los centros de enseñanza superior hay una permanente conmoción causada por la búsqueda de un cambio destinado a satisfacer esas expectativas. Con todo, nos preguntamos si muchas veces el debate interno de las universidades no se plantea únicamente en torno a la satisfacción o insatisfacción de las aspiraciones específicas de la propia comunidad universitaria. Estoy convencido, por eso, de que el debate sobre la pertinencia del esfuerzo y de las realizaciones de las universidades en cada país latinoamericano no debe restringirse al ámbito académico.

La sociedad y cada uno de sus componentes le atribuyen a la universidad determinadas características y le demandan ciertas cosas que, a la larga, equivalen a ponerla permanentemente en duda. Precisamente por eso, resulta crucial abandonar la vieja noción de la universidad-atalaya, de la universidad que oteaba el horizonte desde una elevada torre de marfil erguida por encima de la sociedad misma.

En los nuevos tiempos, la unidad esencial de universidad y sociedad ha de partir, más bien, de aspiraciones y valores comunes a ambas. La universidad debe ser articuladora e intérprete de las grandes tendencias que nutren y condicionan a los pueblos, y la sociedad debe ser, simultáneamente, norte y motor de toda acción que la universidad emprenda. Sólo en la interacción permanente con los pueblos y en la lucha constante por la libertad, pueden las universidades cumplir cabalmente su misión más elevada y difícil: la búsqueda de la verdad.

Para ilustrar la indisoluble vinculación que debe existir entre la universidad y la comunidad nacional, quiero referirme al concepto de autonomía universitaria, al que se le dan, sobre todo en América Latina, interpretaciones tan variadas como opiniones políticas pueden expresarse.

En el caso de las universidades estatales, la autonomía consiste en mantenerse a distancia del poder político dominante en el Estado. No obstante, la dependencia económica respecto del Estado, así como la lucha casi constante por obtener los recursos materiales indispensables para el funcionamiento institucional, suelen deteriorar de manera considerable la labor académica. Por lo mismo, la autonomía resulta limitada. Las universidades privadas, por su parte, no siempre alcanzan toda la claridad deseable en torno a su independencia financiera de los sectores socioeconómicos que las apoyan, aunque el régimen jurídico de cada país les garantice una gran autonomía frente al Estado.

En ambos casos, amplios sectores de la sociedad ven la lucha por la autonomía como el intento de las comunidades universitarias y sus burocracias por conservar su propia y privilegiada estabilidad material. Es probable que en la mayoría de nuestros países haga falta un diálogo entre universidad y sociedad sobre este tema en particular. Igualmente, debe superarse el problema de la incomunicación en otras cuestiones de interés social y sobre las cuales la universidad tiene mucho que decir.

Es tan grande la variedad de obligaciones y demandas que las sociedades latinoamericanas le plantean, que definir lo que es la universidad en nuestros países resulta difícil, si no imposible. No faltan quienes pretendan que una sociedad puede sobrevivir, e incluso prosperar, en ausencia de la

universidad. Su argumento pareciera ser que lo que no es definible bien puede no existir. Sin embargo, quienes así piensan no pueden explicar por qué la universidad es una de las instituciones más antiguas y constantes de las sociedades occidentales. Muchas universidades europeas son más antiguas que la mayoría de los Estados contemporáneos, y en América Latina una buena cantidad son anteriores a la consolidación de nuestras nacionalidades y a la instauración de nuestras repúblicas.

Es evidente, entonces, que siempre han existido necesidades de la sociedad que sólo pueden ser satisfechas por las universidades. No siempre han sido las mismas necesidades, aunque algunas de ellas han sido permanentes. Están, por supuesto, aquellas que se derivan del origen mismo de la universidad. Hay quienes nos la presentan como una reunión individuos dispuestos a garantizar y facilitar la difusión y la conservación del conocimiento en condiciones de libertad.

Esa libertad no se refiere únicamente a las posturas filosóficas, políticas o religiosas de tales individuos; también concierne al derecho que ellos tienen a objetar o a poner en tela de juicio las creencias y las instituciones que ese conocimiento ha originado. Sin embargo, las funciones más permanentes que la universidad tiene se relacionan con la conservación y la evolución del conocimiento. No es posible la existencia de una universidad dedicada exclusivamente al activismo en pro del cambio social. El cambio social puede ser una aspiración de la universidad, del mismo modo que puede ser aspiración de los individuos o de cualquier otro sector social. Pero la capacidad de influir en los procesos de cambio y, de ser posible, dirigirlos, sólo la adquiere la universidad conforme sea, efectivamente, depositaria y transformadora del conocimiento. Es esta capacidad la que define la excelencia académica. Si bien el conocimiento en manos de la universidad no puede ser neutral en el debate social y político, el activismo político de la universidad es inútil si no hay excelencia académica.

Durante mucho tiempo, debido al clima de inestabilidad política y a la recurrencia del totalitarismo en América Latina las aulas universitarias hubieron de desempeñar permanentemente funciones de defensa de la libertad y el derecho. Hoy, con el florecimiento democrático del continente, los partidos políticos y otras organizaciones de ciudadanos pueden realizarlas libremente fuera de la universidad. Aunque la universidad latinoamericana debe continuar, aun dentro de la democracia, desempeñando su papel de conciencia lúcida de la sociedad, las energías que otrora le fue preciso dedicar al enfrentamiento directo de la dictadura ahora pueden y deben orientarse hacia otros esfuerzos.

Es indispensable que la acción docente de la universidad incluya modificaciones curriculares que satisfagan las necesidades de recursos humanos generadas por los cambios científicos y por las transformaciones económicas. Pero, al mismo tiempo, debe insistirse en la toma de conciencia sobre los peligros de la guerra, la degradación ambiental, la deshumanización urbana, el tráfico y el consumo de estupefacientes, el resurgimiento del racismo y la exacerbación de los nacionalismos. Más aún, estoy convencido de que la universidad latinoamericana debe realizar aportes novedosos al mundo entero en la modernización del humanismo como aspiración universal. El mundo, que se transforma en un hermoso caleidoscopio de nuevas prioridades, ofrece a América Latina una oportunidad única para poner al día el extraordinario acervo humano que una rica historia le ha otorgado. Abonadas por la noble sangre de patriotas y apóstoles de la libertad y la justicia, esas raíces se ha vigorizado y han construido espacios inéditos en los que ayer reinaba, tenebrosa, la dictadura, y hoy resplandece el pluralismo.

Manos blancas y morenas, voces indígenas y castellanas busca reducir al silencio la cacofonía de siglos de segregación y violencia. Hombre y mujeres ven reverdecer en nuestro continente la

esperanza de un proyecto en el que la solidaridad ha de ser portaestandarte del progreso. Nuestras universidades están en la obligación de ser hortelanas del humanismo telúrica de esta nueva América que se levanta tras décadas de postración. Diligente y prontas, deben responder sin titubeos al llamado que del surco se escucha convocando a la semilla feraz de la democracia. Ello exige, entre otras acciones, el desarrollo de esquemas más participativos que permitan una presencia real de la sociedad civil en la toma de decisiones y, también, el estímulo para que dicha participación haga cada vez más equitativa la distribución de la riqueza.

El humanismo que nuestras universidades deben aportar debe ser tolerante, solidario, crítico. El humanismo que América Latina busca es pluralista, transformador, participativo.

No debemos olvidar, sin embargo, que las instituciones universitarias tienen también medio milenio de experiencia en el desarrollo de la ciencia y la tecnología. En ese ámbito, la universidad latinoamericana tiene un compromiso con nuestros pueblos. Es un deber de las comunidades académicas contribuir al fortalecimiento científico y tecnológico de nuestras sociedades, pero sobre todo hacerlo desde una perspectiva crítica que nos ahorre los errores cometidos por otras sociedades que, en aras de un discutible avance material, dejaron de lado los aspectos humanos del desarrollo. La protección del ambiente es, en particular, un terreno en el que la universidad tiene una obligación orientadora, muy necesaria en relación con los usos que las sociedades latinoamericanas darán a las nuevas tecnologías.

Hemos escuchado decir, hasta la saciedad, que la más grande amenaza para la especie humana se deriva de haber olvidado el lugar que el hombre ocupa dentro de la naturaleza. Esta amenaza adquiere gran relevancia ante las evidencias, cada vez más preocupantes, de que la actividad humana ha introducido modificaciones de gran magnitud en los ecosistemas. Esas modificaciones podrían perjudicar en forma irreversible los recursos naturales que dan sustento a la vida misma.

También se ha dicho que la comprobación científica del deterioro ecológico nos ha despojado de aquella confianza que, desde el Renacimiento y con más intensidad a partir de la primera revolución industrial, tuvimos en nuestra capacidad para resolver sobre la marcha todos los problemas que habría de crear el progreso técnico.

No era preciso esperar la inminencia de una catástrofe ecológica para descubrir que esa confianza era infundada. Debió haber bastado un examen somero del descontrol en que cayeron la ciencia y la técnica cuando fueron puestas sobre todo al servicio de la guerra. El primer indicio de que la humanidad podría ser aniquilada por los resultados de su propia industria, provino del acelerado desarrollo armamentista de los últimos setenta años. Los despiadados bombardeos contra las grandes ciudades europeas y asiáticas, en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, demostraron que el ser humano había llegado al máximo grado de indefensión frente a sus propios errores. La ciudad del siglo XX, que parecía ser la estructura social más apta para la convivencia y la mutua protección, se presentaba entonces como la trampa más sangrienta y más mortal para cualquier fuerza que pretendiera aniquilar a la especie. En todo caso, la ciudad moderna, convertida en hacinado y miserable cementerio, sobre todo en los países más pobres, constituye una trasgresión de todos nuestros vínculos con la naturaleza, y una de las más aterradoras causas del deterioro ecológico.

¿No deberíamos preguntarnos qué clase de instituciones hemos creado para que exista ese inhumano fenómeno social que es la moderna megalópolis? Se nos anuncia que, al iniciarse el siglo XXI, siete de las diez más grandes ciudades de la Tierra estarán situadas en el Tercer Mundo. Si ya las grandes aglomeraciones urbanas de los países ricos constituyen una negación de la dignidad de

millones de seres humanos. ¿qué infiernos no serán esas Calcutas y esos Cairos y esos Méxicos que afectan lentamente a la humanidad en las regiones donde la vida es, para las grandes mayorías, una existencia sin esperanzas? ¿Dónde están nuestra voluntad y nuestra capacidad para inducir los cambios institucionales capaces de invertir esa monstruosa favelización del Tercer Mundo?

Las universidades pueden y deben convertirse en promotoras de nuevas políticas hemisféricas sobre el ambiente. El único recurso que tiene la humanidad para realizarse sin destruir la naturaleza, es decir, sin autodestruirse, es el ejercicio de la libertad con responsabilidad. Debemos asumir libremente, pero también de manera responsable, las restricciones necesarias para proteger nuestro ambiente. Con plena libertad habremos de escoger las transformaciones institucionales necesarias para hacer más fecunda la vida en armonía con la naturaleza.

Es necesario, entonces, que todos nos acostumbremos a participar en la selección de los nuevos caminos del desarrollo. Es necesario que las grandes mayorías de nuestro continente, que para sobrevivir deben hacer frente a hechos y fenómenos sobre los cuales no tienen ningún control, pasen al estadio superior de la ciudadanía: aquel en que las instituciones políticas y sociales proporcionan una vida mejor.

El campesino que todavía no ha logrado librarse de su condición de siervo. El ciudadano que, siendo víctima de la explotación, se ve obligado a destruir la naturaleza para obtener apenas un mendrugo con que saciar el hambre de sus hijos. El analfabeto al que las comunicaciones le impide conocer el perjuicio que causan sus malas prácticas ecológicas. El ser humano desprovisto de medios políticos para exigir a las explotaciones industriales el respeto de su medio ambiente. El agricultor acosado por la guerra, obligado a una improductiva transhumancia para proteger su vida y la de los suyos. Ninguno de ellos participará en la elaboración y en la ejecución de una política de la tierra.

En el uso de las nuevas tecnologías y su impacto sobre el hábitat humano, hay un campo en el que la autonomía se pondrá a prueba, pues la universidad será impelida a entrar en contradicción con fuerzas ajenas a los intereses de nuestros pueblos. Los universitarios deben oponerse combativamente a la depredación de nuestros recursos naturales y al deterioro del medio ambiente. Y el ejercicio de esta misión exige su participación autorizada en debates que, además de políticos, serán científicos. No bastará, entonces, con que los universitarios latinoamericanos tengan clara conciencia política. Además, deberán estar en capacidad de ofrecer opciones basadas en el conocimiento científico y en el dominio de la técnica. Solo así, sobre la doble base moral que confieren el espíritu crítico y el dominio y del conocimiento, podrán influir positivamente sobre el curso de los acontecimientos y sobre el futuro de nuestras naciones.

Se ha dicho que la perdurabilidad de la universidad se explica, al menos en parte, por el hecho de ser una institución extremadamente adaptable. Ciertamente es adaptable, pero no acomodaticia. Estoy seguro de que ningún sector responsable de la sociedad querría ver a la universidad convertida en un coadyuvante de la dominación o en un instrumento político al servicio de una determinada ideología. La adaptabilidad a que me refiero no es razón para que la universidad pierda su capacidad de distinguir entre el uso legítimo y bien proporcionado del poder y su ejercicio arbitrario o desmedido. La libertad académica, sin la cual no existe una verdadera universidad, garantiza la expresión de todas las corrientes del pensamiento y, por lo tanto, el cuestionamiento, desde la academia, de todas las ideas y de todas las manifestaciones del poder político o económico. En este sentido, su rasgo más preciso de adaptabilidad consiste en haber encontrado, a lo largo de siglos, las fórmulas adecuadas para seguir siendo reducto de la diversidad ideológica aun en el seno de sociedades agobiadas por el totalitarismo o amenazadas por la intolerancia.

La perdurabilidad y la adaptabilidad son dos características que la universidad latinoamericana debe poner al servicio de nuestras sociedades en vías de integración. La primera nos permite confiar en que las instituciones de enseñanza superior, individualmente y en su conjunto, desempeñarán la función de memoria histórica y de bastión inexpugnable y permanente de nuestra identidad cultural. La segunda nos da la esperanza de que, a la luz de las grandes transformaciones experimentadas por el mundo contemporáneo, las universidades se renueven responsablemente y adapten sus recursos y sus experiencias a la naturaleza de los nuevos problemas globales. Por otra parte, se debe fortalecer y renovar la investigación, de modo que, lejos de ser mera correa de transmisión de tecnologías y conocimientos importados desde los centros de poder político y económico, se convierta en productora y transformadora de conocimientos en beneficio de nuestro desarrollo y en defensa de nuestras identidades culturales. La investigación universitaria -en todos los campos pero especialmente en los de las ciencias sociales- debe ser objetiva y estar desprovista de todo apasionamiento que no sea el del apego a la verdad. Es posible que, hasta ahora, los prejuicios ideológicos hayan actuado, dentro de la universidad latinoamericana, como un lastre para la investigación que se suponía esclarecedora de nuestro destino.

Esta presunción puede corroborarse fácilmente si se examinan las numerosas publicaciones que, desde la universidad, produjeron los intelectuales latinoamericanos y en las cuales ciertos experimentos totalitarios aparecían exonerados de las aberraciones que hoy, no sólo están al descubierto, sino que fueron admitidas por sus practicantes directos. El enfoque prejuiciado de la realidad llevó a muchos universitarios a adjudicar atributos paradigmáticos a regímenes totalitarios completamente incompatibles con nuestra tradición y con nuestras aspiraciones, y a recomendarlos como opción para América Latina. Es necesario recuperar la confianza en la objetividad académica mediante el enfoque objetivo de las nuevas realidades políticas y sociales.

Las instituciones de enseñanza superior constituyen una parte de la riqueza acumulada por nuestros pueblos y eso debe conferir al universitario un sentido de pertenencia y de compromiso. Poseer el conocimiento y la capacidad para renovarlo no es razón para que el sector académico asuma la arrogancia de una clase social que se siente superior y antepone sus aspiraciones a las reivindicaciones de los pueblos. Por el contrario, debe existir un diálogo permanente entre la universidad y las organizaciones sociales para que, con apego a las garantías de libertad que la universidad debe exigir siempre, la academia sea un factor decisivo en el mejoramiento de la vida de todos los seres humanos.

La universidad debe acentuar su vocación de pertinencia y de utilidad mediante la práctica de un saludable escepticismo frente a las soluciones políticas de los problemas. Pero tal escepticismo no debe convertirse en negativa permanente a considera el valor de las propuestas extramuros. En lo que toca a la integración económica de nuestros países, la universidad, lejos de negarse a participar en ella, debe involucrarse activamente.

En este momento histórico, cuando la marcha de nuestros pueblos hacia la paz y la democracia es incontenible al tiempo que el mundo se toma cada vez más interdependiente, el esfuerzo integrador de las universidades es la de mayor importancia. Es deseable que las instituciones por ustedes representadas se dispongan a marcar derroteros a las sociedades latinoamericanas. Para hacerlo, para convertirse en orientadoras, deben estar en condiciones de interpretar objetivamente nuestra realidad y las necesidades derivadas de ella. Es fundamental que los académicos no confundan sus intereses y sus aspiraciones con las necesidades de los pueblos a los que pretenden servir. Esa es la mejor manera de asegurar que la pertinencia de la universidad será perdurable.